

4^a
edición

Ser hombre, ser mujer.
Virtudes humanas.

José Pedro Manglano Castellary
Sacerdote

ju
lio

Primera edición: Noviembre de 2008

Segunda edición: Diciembre de 2008

Tercera edición: Febrero de 2009

Cuarta edición: Abril de 2009

Edita: Cobel

© Cobel, 2009

Edificio INBISA

Avda. Pirineos, 7

28700 - San Sebastián de los Reyes

Madrid (España)

Tel. 91 658 64 54

www.manglanitos.es

pedidos@manglanitos.es

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Con licencia eclesiástica. Archidiócesis de Madrid



JULIO

Ser hombre, ser mujer.
Virtudes humanas.

DOS IDEAS PREVIAS

Se trata de que hagas oración cada día. Todos los días puedes empezar el rato de oración con la “**oración inicial para cada día**”. Después, lees con atención el “**texto de cada día**” y, lo más importante, charlas con Dios, con María... con tus palabras, de lo que has leído y de lo que quieras. Por último, puedes terminar rezando la “**oración final**”.

Dos ideas previas:

1. PROHIBIDO CORRER: Es corto; no tengas prisa en acabar. No es leer y ya está.
2. LO QUE NO ESTÁ ESCRITO: ¿Sabes qué es lo mejor de este libro? Lo que no está escrito y tú le digas; la conversación que tú, personalmente, tengas con él.

ORACIÓN INICIAL PARA CADA DÍA

Señor Jesús, gracias por haberte hecho hombre.
Solo tú nos enseñas a los hombres lo que es el hombre.
Dame las virtudes que necesito

para vivir como verdadera persona:

alegría, optimismo,
amabilidad, fortaleza,
constancia, simpatía,
sinceridad, laboriosidad,
discreción, magnanimidad...

Lo humano tiene un valor divino, lo sé;
y también sé que solo puedes darme los bienes divinos
si encuentras base humana para concedérmelos.
Por eso te lo pido: ayúdame a esforzarme por adquirir
esas virtudes.

San José y santa María,
enseñadme y exigidme,
como lo hicisteis con Jesús,
para que sea una gran persona
y así pueda ser un gran santo.

Amén.

ORACIÓN FINAL PARA CADA DÍA

Dame, Señor, una manera de ser que ignore
el aburrimiento, los lamentos y los suspiros.
No permitas que me preocupe demasiado
por esta cosa que se llama 'yo',
y que siempre tiende a dilatarse.
Dame, Señor, la dosis de humor suficiente
como para
comprender una broma,
encontrar la felicidad en esta vida
y ser provechoso a los demás.
Que siempre haya en mis labios
una canción,
una poesía
o una historia para distraerme.
Amén.

*Santo Tomás Moro la compuso estando
prisionero, poco antes de ser ejecutado*

Día 1. Una buena suma

Comenzamos un mes. Muchas horas, mucho tiempo, muchas decisiones, muchas cosas por hacer... Cada uno de estos días podemos llenarlo de gran número de actividades, algunas de gran valor, otras de casi ninguno. Y vamos sumando. Vamos sumando... ¡o no! Al final de mes tendremos que ver el resultado.

Un ejemplo sencillo nos ayudará a verlo más gráficamente. Podemos hacer esta suma:

-1.200.000 + 7.450.000 + 3.627.000 + 10.000.000... al final un resultado muy elevado.

O esta otra:

-0 + 0 + 0 + 0 + 0,2 + 0, 7... al final, por mucho que sumemos, el resultado será muy pequeño. Y si además algunos de los elementos son negativos, el resultado puede ser de echarse a llorar.

Este mes:

- ayudar en casa + hacer nuevos amigos + leer + cumplir el horario que tenga + hacer más deporte + ayudar a un amigo + organizar una fiesta + poder tratar con más calma a Dios + salir de excursión + crecer en ser mejor amigo + invertir tiempo en mi hobby + convivir más tiempo con tus padres + conocer mejor a hermanos... y al final, un gran tesoro.

O bien:

- no hacer nada + sin horarios + dejar pasar el

tiempo + evitar cualquier esfuerzo + dejarse llevar por el día y sus circunstancias + aburridas horas de zapping... y al final, un gran vacío.

Parece muy fácil saber cuál es la suma que vale la pena.

Este mes podríamos planteárnoslo así: es la ocasión de conseguir una gran suma como persona, ser más mujer o más hombre, ganar varios *kilos* en personalidad, crecer en virtudes humanas, ser más de una pieza.

Quien se propone quitarse un par de kilos sabe que cada potaje que come va directo al *michelín*, cada plato que repite le aleja de su objetivo, las comidas entre horas le sumarán gramos... No engorda un solo plato que se come de más, pero sí es verdad que lo que se adelgaza o se engorda es el resultado de la suma de un montón de decisiones. Algo parecido ocurre con las *virtudes humanas*. Ahora me piden una cosa y digo que sí, ahora me llaman y cojo el teléfono, tengo que sentarme y me siento, ahora toca levantarme y me levanto, me preguntan y digo la verdad, me hablan y escucho, no me apetece pero sonrío... la suma de mil decisiones pequeñas... en cada día sí podemos tomar mil de esas decisiones... nos hacen crecer.

Para seguir a Jesús necesitamos ser muy hombres, muy mujeres. Seguirle y ser como él es posible para quien tiene virtudes, e imposible

para quien carece de ellas. En un mes sí podemos crecer: son tantísimas decisiones aparentemente intrascendentes que nos hacen virtuosos... o lo contrario.

Dios mío, ayúdame durante este mes a hacer la suma buena, la que vale la pena. Hacer de estos días un tiempo en el que crezca en las virtudes que me den personalidad fuerte: así seré capaz de seguirte y de servirte. Sí: quiero sumar cada día.

AHORA PUEDES SEGUIR HABLANDO CON EL SEÑOR CON TUS PROPIAS PALABRAS. ¿TE PROPONES DE VERDAD CRECER EN VIRTUDES HUMANAS? CADA DÍA COMENTAREMOS ALGUNA. DILE A ÉL QUE QUIERES. ÉL TE VE, TE ESCUCHA Y TE COMPRENDE. DESPUÉS PUEDES RECITAR LA ORACIÓN FINAL.

Día 2. ¡Que sea fácil amarme es una virtud!

Algunos tienen un montón de amigos, otros a duras penas encuentran uno. Algunos intiman enseguida, otros tardan años. Algunos sintonizan y se encariñan con un encuentro más o menos breve, otros necesitan meses o años de mucho roce y no está claro que lleguen a conectar. Hay una virtud que tiene mucho que ver en todo esto: *la amabilidad*. La amabilidad es la virtud que nos hace amables, nos convierte en personas *fáciles de amar*.

¿Rasgos de la amabilidad? Son un montón. Sonreír, ser positivo, que el trato sea agradable,

tener educación, ser respetuoso y delicado, mirar a los ojos mientras se habla, prestar atención, mostrarse con sencillez como uno es, poner interés en lo que cuenta el otro, tener buen humor, ir limpio, arreglarse, tener y manifestar ilusión, hablar de manera expresiva, ser fuerte... son mil pequeñeces a las que mueve *la amabilidad*. No es resultado del *marketing*, no es una estrategia para caer bien... sino el *deseo esforzado por hacer feliz al otro* con ocasión del trato que tiene conmigo.

Te voy a copiar el caso de alguien poco amable por negativo. No lo resumo, pues viniendo de tan buena pluma, compensa copiarlo al pie de la letra. La novela es *Las uvas de la ira*. Dos protagonistas, Al y Tom, se dirigen con toda la familia hacia California. Se les estropea el camión y buscan un desguace para adquirir la pieza que precisan.

“El camión se acercó a la estación de servicio. Allí, al costado derecho del camión había un cementerio de automóviles. Un espacio de un acre rodeado por una alta cerca de alambre de púas (...)

Al, uno de los hermanos, guió el camión sobre el suelo cubierto de aceite y grasa hasta llegar a la puerta del cobertizo. Tom bajó y miró en torno suyo, y atisbó hacia el cobertizo envuelto en sombras.

-
- No veo a nadie -dijo, y gritó -: ¿Hay alguien aquí?
- Puede que tengan un Dodge del veinticinco.

Tras el cobertizo se escuchó el golpear de una puerta. A través del oscuro cobertizo se acercó el espectro de un hombre. Delgado, sucio, de piel aceitosa adherida a los fuertes músculos. Le faltaba un ojo, y la cuenca viva, descubierta, mostraba los nervios del ojo cuando movía el que tenía bueno. Su pantalón y su camisa eran de tela gruesa, y brillaban de sucios; la piel de sus manos estaba sucia, agrietada y llena de cortes. El labio inferior, grueso y pesado, caía dando a su rostro una impresión de idiotéz.

Tom preguntó:

-¿Es usted el dueño?

Le miró con el único ojo.

-Soy empleado del dueño -dijo, con acento sombrío: ¿Qué quiere?

-¿Tienen algún Dodge del veinticinco, medio desarmado? Necesitamos una biela.

-No sé. Si el patrón estuviese aquí podría decírselo..., pero no está aquí. Se ha ido a su casa.

-¿Podemos echar un vistazo?

El hombre se sonó la nariz en la palma de la mano y luego se limpió la misma con los pantalones.

-¿Ustedes son de aquí?

-Venimos del Este..., vamos a California.

-Echen un vistazo, entonces. ¡Y quemem este maldito sitio, si quieren!...¡Para lo que me importa!

-Parece que usted no quiere mucho a su patrón.

El hombre se les acercó tambaleándose, con su único ojo llameando.

-Le odio -dijo suavemente-. Ahora se ha ido a su casa. Se ha ido a su casa..., a su hogar.

Las palabras salían vacilantes de su boca.

-Tiene un modo..., tiene un modo especial de agarrarla con un tipo y destrozarlo. ¡El..., el malvado! Tiene una hija de diecinueve años muy hermosa. Me dice: “¿Te gustaría casarte con ella?” Me dice eso a mí precisamente. Y esta noche... me dijo: “ Hay un baile... ¿Te gustaría ir?” ¡A mí, me lo dice a mí!

Las lágrimas fluyeron de su ojo bueno y por la cuenca del ojo vacío.

-Algún día, por Dios..., me voy a meter una llave inglesa en el bolsillo. Cuando me dice esas cosas me mira el ojo. Y voy a.., voy a arrancarle la cabeza con la llave, poco a poco.

Jadeó enfurecido.

-¡Pedazo por pedazo, se la separaré del cuello!

El sol desapareció detrás de las montañas. Al miró en el “cementerio” de coches destruidos.

-¡Allí, Tom, mira! Ese de allí parece del veinti-

cinco o del veintiséis.

Tom se volvió al tuerto.

-¿Nos permite echar un vistazo?

-¡Caramba, sí! Y llévense lo que se les antoje.

(...)

El tuerto se quedó junto a ellos.

-Los ayudaré, si quieren -dijo-. ¿Saben lo que hizo ese hijo de perra? Vino por aquí con un pantalón blanco. Y me dijo: “Ven, vamos a mi yate”. ¡Por Dios, algún día le daré una tunda!

Respiró difícilmente.

-No he salido con una mujer -prosiguió- desde que perdí el ojo. ¡Y me dice esas cosas!

Y gruesas lágrimas hicieron surcos en su rostro cubierto de tierra.

Tom dijo, impaciente.

-¿Y por qué no se va de aquí? No hay guardias que lo sujeten.

-Sí, eso es fácil decirlo. No es tan fácil encontrar trabajo... para un hombre que sólo tiene un ojo.

Tom se volvió hacia él.

-Un momento amigo, escuche: usted tiene ese ojo abierto de par en par. Y usted está sucio, hediondo. Toda la culpa es suya. Es porque usted lo quiere. Usted mismo se envilece. Claro que no puede encontrar una mujer con ese ojo que le anda saltando. Tápeselo con algo y lávese la cara. Después de todo, usted no hace daño a nadie.

-Créame, un tuerto tropieza con muchas dificultades -dijo el hombre-. No puede ver las cosas como las ven los demás. No puede saber a qué distancia está una cosa. Lo ve todo plano.

Tom dijo:

-Usted es un imbécil. Yo conocí una vez una prostituta que sólo tenía una pierna. ¿Y cree usted que se sentía inferior? ¡No, por Dios! Decía ella que traía suerte. Y en..., en un sitio que estuve, conocí a un jorobado. Vivía exclusivamente de dejar que le tocasen la giba para dar suerte. ¡Ya ve, y todo lo que le sucede a usted es que tiene un ojo menos!

El hombre dijo, vacilante:

-Bueno... pero, ¡Caramba! Usted ve que todos se le apartan, y comienza a sentirse mal.

-Tápeselo entonces, ¡maldita sea! Lo anda mostrando a todo el mundo. A usted le gusta atormentarse. A usted no le sucede nada de particular. Cómprese unos pantalones blancos. Apostaría a que usted se emborracha y luego se mete en la cama a llorar... ¿Necesitas que te ayude, Al?

-No respondió Al-. Ya aflojé este cojinete. Estoy tratando de sacar el émbolo.

-Cuida de no darte un golpe -dijo Tom.

El tuerto dijo suavemente:

-¿Cree que... pueda gustar a alguien?

Por supuesto -dijo Tom.

-¿Dónde van ustedes, amigos?

-A California. Toda la familia. Vamos allí a trabajar.

(...)

Le entregó el dinero.

-Gracias. Y tápese ese maldito ojo.

El novelista busca imágenes fuertes. Todos somos libres de amargarnos la vida o no. Motivos para hundirnos en nuestra existencia los tenemos siempre... ¡o nunca!: depende de nosotros.

“Usted es un imbécil”, le dice Tom al tuerco. “Toda la culpa es suya. Es porque usted lo quiere. Usted mismo se envilece”. Ya hablamos en otra ocasión de estar de acuerdo en ser el que soy, y de abrazar y besar mi vida en las circunstancias en que me ha sido dada por Dios. A esto ayuda el sentido positivo, el optimismo,... virtudes humanas a desarrollar.¹

Al día siguiente de escribir estas líneas, me encontré con este texto de san Pablo. Fíjate que es una lista de diez cualidades, que se corresponden bastante bien con los rasgos que he enumerado más arriba. ¡Me ha sorprendido! Escribe así a los cristianos de Roma (12, 9-12):

“Que vuestra caridad no sea una farsa (1);

aborreced lo malo (2)

y apegaos a lo bueno (3).

Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros (4),

estimando a los demás más que a uno mismo (5). En la actividad, no seáis descuidados (6); en el espíritu, manteneos ardientes (7). Servid constantemente (8) en el Señor. Que la esperanza os tenga alegres (9); estad firmes en la tribulación (10)...”.

Así se entiende que los cristianos vivamos como algo natural *la amabilidad*, y como en todo, lo hacemos de la mano de Jesucristo que es nuestro maestro amable. Por eso termina san Pablo con “sed asiduos en la oración”.

Jesús, que la familia de Dios conservemos este estilo tuyo de la amabilidad. En la oración hablaré contigo de estas cosas: si soy asiduo en la oración, tú me irás enseñando a ser amable cada día en cosas concretas.

PUEDES REPASAR CADA UNO DE LOS RASGOS HABLÁNDOLOS CON ÉL. PÍDELE QUE TE DÉ SU ESTILO Y TE DÉ SU AYUDA EN AQUELLO QUE TE HACE MENOS AMABLE. ¿QUÉ ES?

Día 3. La generación CDI

Cuenta Ana Magdalena Bach algo que le ocurrió a su marido, el gran músico Juan Sebastián Bach, siendo pequeño. Su hermano mayor “tenía una colección de piezas musicales célebres, de autores famosos, y no se las dejaba ver al chiquillo sediento de música, que hubiera deseado estudiar toda la que cayese en sus manos. Esas composiciones estaban encerradas en

una caja de documentos que tenía una reja, y durante varios meses el pobre Sebastián se dedicó a copiar aquellas composiciones, de noche, a través de la reja y a la luz de la luna, pues no podía disponer ni de una vela. No es de extrañar que su vista se resintiese de tan extraordinario esfuerzo... en ese hecho se ve lo pronto que se manifestaron su grandeza de carácter y su fuerza de voluntad”.²

Está claro que el final depende del camino que se recorra. **Si importa el final, importa el camino**; si el final –lo que hagamos en la vida, dónde lleguemos, lo que dejemos a los demás, donde pasemos la vida eterna...-, si el final no importa, tampoco importa el camino.

En la vida de Sebastián Bach recorrió un camino determinado y por eso alcanzó un final formidable: fue un buen cristiano, su mujer y sus más de diez hijos vivieron unidos y felices, dejó a la humanidad una música maravillosa.

Nosotros vivimos en un tiempo muy distinto al siglo de Bach, con sus muchas ventajas y con alguna desventaja. Pienso que la principal desventaja es que en muchos asuntos somos una generación conejillo de indias: generación CDI.

¿Por qué digo que somos generación CDI? Porque hemos inventado muchas cosas nuevas, todas ellas buenas, pero todavía no sabemos vivir con ellas. Me explico. La electrónica

pone a nuestra disposición mil inventos, televisión, iPod, ordenadores, juegos y videojuegos, móviles... Están al alcance de casi todos, y ojalá pronto resulten asequibles a todos. Pero hay que saber usarlos, porque no hace bien al hombre cualquier uso: exigen tiempo y dedicación, pueden crear adicción, pueden encerrar en uno mismo, compiten con el trabajo y con atender a los demás...

Escribía un gran pensador del siglo XX que “es necesaria mucha ascesis, humana y cristiana, para hacer un uso adecuado de los medios de comunicación”³. Y es verdad: la generación CDI necesitamos mucha ascesis –esfuerzo, lucha, dominio, plan previsto y lograr cumplirlo- para usar los medios de comunicación. Si importa el fin -lo que hagas con tu vida, que seas una gran persona y un gran santo-, sí que importa el camino.

Algunos dan pena porque no pueden dejar la droga y arruinan su vida y destrozan la de quienes están a su lado porque no son capaces de desengancharse. Es una pena el camino que recorren, y es triste el final al que llegan. Otros dan pena porque no pueden dejar la droga de la televisión o del ordenador o de los cascos, y empobrecen su vida y no aportan apenas a quienes están a su lado porque no son capaces de desengancharse. Es una pena el camino que recorren,

y es pobre y triste el final al que llegan.

La generación CDI necesitamos aprender a usar la electrónica. No ponerme los cascos si estoy con otros –hace poco quedé con un chaval para hacer footing y antes de salir me preguntó: ‘¿llevo los cascos para oír música?’- no ver la tele siempre que me apetece sino ir a ver lo que me interesa, no tener la música siempre encendida para aprender a escuchar el silencio y mi interior, no navegar por Internet con caprichosa curiosidad...

Bach lo tuvo más fácil. Si Juan Sebastián Bach hubiese pertenecido a la generación CDI y no hubiese aprendido a usar la electrónica, quizá se hubiese perdido con el ordenador y unos cascos... en vez de aprender y crear la más excelsa música que jamás se ha creado.

Juan Sebastián Bach pasó meses copiando partituras en la oscuridad. Vivió con pasión... por el que tuvo un precio que pagar. No sé si sabes que su vista se deterioró de tal modo que –tras una desafortunada operación– los últimos meses de su vida los pasó ciego. Pero estoy seguro que Bach preferiría vivir apasionadamente y morir ciego, a vivir ciego y morir de aburrimiento.

Enséñame, Jesús, a vivir sabiendo hacer uso de todo lo que tengo a mi disposición. Sí me importa el fin: quiero hacer de mi vida algo grande, quiero ser una gran

persona y un gran santo, que son la misma cosa. Quiero cuidar el camino para llegar a ese fin. Que no pierda el tiempo delante de pantallas: ¡ayúdame! Que no me refugie en mi ordenador o en mis juegos, donde nadie me molesta y se me pasan las horas. Que los tenga a mi servicio, y que no me ponga yo al servicio de ellos. Te pido por el alma de Bach, como agradecimiento a la gran música que nos ha dejado a todos. Que yo deje mucho a la humanidad, lo que a mí me toca dejar. Santa María, ayúdame.

QUÉ IMPORTANTE ES QUE COMENTES CON ÉL LO LEÍDO. REPASA CON ÉL LOS APARATOS ELECTRÓNICOS QUE SUELES USAR, Y PREGÚNTALE SI LOS USAS BIEN. SI NO SABES, QUIZÁ PUEDES COMENTAR DESPUÉS ESTE ASUNTO CON ALGUIEN QUE PUEDA AYUDARTE, Y ASÍ PODRÁS RECIBIR AYUDA EN ALGO QUE ES MÁS IMPORTANTE DE LO QUE PARECE.

Día 4. La ombligomanía

Cuando el niño descubre su ombligo, pasa una temporada en la que no deja de tocárselo y mirárselo, le atrae su atención y parece que no hay otra cosa. Asombrado por el agujerito que ha descubierto en mitad de su panza, no sale de su ombligo. Pues bien, el egoísta todavía no ha salido de su ombligo. Cuatro rasgos de la *ombligomanía* a partir de Adán y de Caín. Así aplicamos aquello de ‘Cuando las barbas de tu vecino veas mojar, pon las tuyas a remojar’. La

historia se repite.

Aquí están esos cuatro rasgos:

1) al actuar, solo mirar lo que me apetece y no las consecuencias para los demás; Adán ve la manzana que le enseña Eva, le apetece y... a por ella. No deja de ser algo egoísta, sólo ve lo propio, sólo tiene mirada para sí mismo. Adán no pensó que lo que él hiciese tendría consecuencias para el resto de la humanidad. Actuó como un hombre, pero no como el padre de todos los hombres.

2) después, además, pretende salir airoso sin importarle echar la culpa a los otros: Adán culpa del pecado a Eva y Eva culpa a la serpiente. Segundo rasgo: excusarse enseguida y ante todo, lo importante es salpicar a los demás, no quedarme solo en la responsabilidad.

3) los éxitos de otros molestan, al menos si son mayores que los míos. Es lo que ocurre a Caín, que mata a su hermano Abel, no porque las ovejas de Abel se comieran los frutos de las tierras de Caín, sino porque Abel le hacía sombra: tenía más éxitos con sus ofrendas (Génesis 4.)

4) Caín es el que empezó esa práctica que ha triunfado en nuestro mundo, en el que el inútil quiere hacer a los demás tan inútiles como él. El inútil quiere hacer a los demás tan inútiles como él, porque divide el mundo en dos grupos: los que están por encima de él y los que